

LA DOLCE TÉCNICA DE MICHELANGELO ANTONIONI

La niebla está indiscutiblemente ligada al cine de Michelangelo Antonioni. La niebla de Ferrara, su ciudad natal, ha marcado el modo de sentir, escribir y filmar de este cineasta.

La niebla envuelve a sus actores durante horas y los deja indefensos, asustados, incluso aterrorizados. Antonioni se envuelve entre la niebla con su cámara. Él también es prisionero de ella. Pero la niebla se disipa y les deja libertad para tomar decisiones drásticas en su vida.

La historia del cine ha abrigado durante décadas a Michelangelo Antonioni, lo ha mimado y lo ha cuidado como a uno de sus hijos preferidos.

El cine de Antonioni, que nunca ha seguido las modas, ni ha respetado demasiado las reglas vigentes de la narrativa convencional, ha permanecido vivo, ha ganado la batalla del tiempo.

El tiempo ha permitido la identificación del cineasta tal y como él siempre ha querido: el artista no cuenta, solo importa su materia, su expresión. El artista no explica su obra, solo la identifica, la descubre y la entrega sin condiciones.

Nunca, como en otro director, su cine son sus ojos: su mirada proyectada desde la pantalla cinematográfica al espectador que le mira solo a él. Personajes que hablan, que cruzan el plano y se esconden de sus propias miradas. Personajes que huyen de sus propios sentimientos y su falta de amor.

Todo está en la pantalla de cine: en sus colores y su blanco y negro. Soledad, incomunicación, frustración y ganas de vivir. Un mundo hermoso en el que se muere a diario, como si vivir no fuera lo suficiente y el aire no ayudase a respirar. Antonioni rompe las relaciones aparentemente estables de sus personajes, y entabla amores adúlteros nacidos del azar, de la aventura, de la debilidad.

Calles que se cruzan. Miradas que se posan en varias direcciones. Encuentros que no traen la felicidad sino la angustia. Una nueva moral, para una nueva era del hombre. El hombre del futuro que rompe con su pasado anclado en la distancia de una vida sin futuro. La nueva moral de hombres y mujeres que Antonioni busca desesperada, pero serenamente.

Por otro lado, el cineasta rastrea los cuerpos y sus desnudos. Metáforas de sus deseos sexuales, gestos absurdos en medio de la niebla, en el interior de una casa extraña, en automóviles cercanos al adulterio. Labios que pronuncian: *Amore, amore...* Miradas que parecen frías, pero que esconden la sensualidad reprimida. Gestos repetidos de ese sexo habitual, rutinario, necesario para seguir viviendo en medio de todas las cosas que nos dan abrigo, que nos alejan de lo extraño: las obsesiones, los deseos casi patológicos, las explosiones de placer íntimo.

Por eso, en el cine de Antonioni, los hombres engañan a las mujeres a las que aman. Por eso, las mujeres que aman a esos hombres, se compadecen de ellos. Compasión sincera frente a los errores masculinos, y perdón ilimitado ante su inestabilidad emocional.

Las mujeres en el cine de Antonioni son fuertes cuando aman. Los hombres en el cine de Antonioni, cuando aman, se ilusionan como chiquillos, pero descubren sus frustraciones y la cobardía les impide superarlas. La vida explota con sonidos y colores, pero está muerta. Así, hombres y mujeres se mueven entre los telares del cineasta con una prudencia asombrosa: desgarrándose en silencio, entregándose sin reproches, amándose todo el tiempo para buscar la propia redención.

Celebrar el Centenario de su nacimiento, es revivir toda la riqueza de su obra atrevida y vanguardista, y echar un vistazo alrededor para darse cuenta, hoy, en nuestro futuro, de lo adelantado que estuvo a su tiempo. El homenaje que el V Festival de Cine Italiano de Madrid le dedica, sirve para descubrir cómo el paso del tiempo ha dibujado una perspectiva real de su arte, y darnos, además, la llave para analizar su cine con total libertad. Cien años después de su nacimiento, queda absolutamente demostrado que Antonioni nunca vivió de la modernidad, más bien la encaró con un atrevimiento humilde. Se nutrió de ella para buscar una forma de expresión diferente. Un arte que dibujase un nuevo humanismo en el cine, y habilitara los útiles necesarios para su comprensión en la pantalla.

Hay un sentimiento profundo en sus películas de que las palabras están gastadas y no sirven para hablar. El hombre permanece inerte entre los objetos sin vida, entre los deseos reprimidos, entre la dolorosa y repugnante sensación de dejarse vivir. Es insoportable atrapar el aire, expulsarlo y volver a respirar... un día y otro...

Miguel Ángel Barroso